



## ENCUENTROS EN UNA AGENCIA MATRIMONIAL

12 Historias Reales de SamSara- *Sonsoles Fuentes, Debolsillo 2002.*

### EL RITMO DEL CORTEJO

---

El sábado, 25 de octubre de 1998, a la una *post Meridian*, en la puerta de la iglesia de Santa María del Mar, se encontraba David Gutiérrez, de 41 años, con un metro y setenta y siete centímetros de altura, setenta y dos kilos de peso, cabello rubio con muchas canas, y ojos azules.

A esa hora salía de la iglesia, vestida de novia, su hermana Julia.

Mientras los recién casados eran bombardeados con arroz, en el segundo piso del número 234 de la calle de Rosselló de Barcelona, sonaba el teléfono:

—¿Sí?

—Mónica, cariño, ¿aún estás durmiendo?

—¿Eh? ¿Qué? ¿Mamá?

—Pero hija si es la una ya. ¿A qué hora vas a comer? No puedes llevar una vida tan desordenada, ¿eh? Eso no es bueno.

Mónica Garrido, de 34 años, un metro sesenta y cuatro centímetros de altura, cincuenta kilos de peso, cabello rubio con melena, y ojos de color miel, acababa de entreabrir los párpados para atender a la llamada, después de dormir durante catorce horas ininterrumpidas.

Su madre, viuda y propietaria de una tienda de ropa femenina, continuó con la cháchara:

—¡Ay! ¿Es que saliste anoche? Está bien, hija, está bien. Así me gusta, que te diviertas. Eres muy joven para encerrarte en casa.

—No mamá, ¿no has oído hablar nunca de las curas de sueño?

Mónica se arrepintió enseguida de no aprovechar el error materno, pero tenía un problema: no sabía mentir a su madre.

—Vaya por Dios, hija. De ésta no sales. ¿No será una de esas depresiones? ¿De las de verdad? Un psiquiatra hablaba de eso esta mañana en la radio. No puede ser, tienes que quedar con tus amigas.

Mónica dejó el teléfono sobre la mesita, sin colgar. Se levantó y se metió en el cuarto de baño mientras la voz de su madre continuaba oyéndose, brotando del auricular.

La chica se lavó la cara con agua fría, cogió la toalla, se secó y entró de nuevo en el dormitorio para atender al teléfono:

—Sí, mamá.

Volvió a dejarlo como antes y se fue a la cocina para preparar una cafetera. Mientras subía el café, abrió la puerta de la nevera. Tan sólo había unas hojas de lechuga, un par de tomates y algo de leche. La cerró de nuevo y levantó el auricular del teléfono que había en el comedor.

—Bueno, cariño, hasta luego.

Justo a tiempo, pensó.

—Hasta luego mamá, y no te preocupes.

Mónica colgó por fin y regresó a la cocina para prepararse un café gigantesco con el que sentarse en el sofá, frente al televisor, y hacer un poco de zapping. Le gustan Los Simpson, los concursos de preguntas y respuestas, y las telecomedias.

Faltaba casi una hora para ver a la familia de Homer en acción, Blooson era lo único que valía la pena hasta entonces. Apenas quedaban cinco minutos para que acabase el capítulo, cuando sonó el timbre de la puerta.

Mónica dejó la taza en el suelo, junto al sofá y se acercó a la entrada.

—¿Quién es?

—Cariño, pero ¿quién va a ser?

—¿Mamá? —dijo la chica con tono incrédulo mientras abría.

Su madre, una mujer de casi sesenta años, cabello corto, teñido con reflejos marrones, y aún atractiva, llevaba en sus manos una fiambreira envuelta en una bolsa de plástico.

—Niña, no me asustes. Hace sólo media hora que te he dicho que venía. No me digas que ya lo has olvidado.

La madre de Mónica entró hasta la cocina perseguida por su hija.

—¿Qué traes?

—¿Qué va a ser? Los canelones. Para eso he venido, ¿no?

—Ah, sí, los canelones.

—Pero qué despistada estás. ¿Y qué haces todavía en pijama? Eso es lo que decía el psiquiatra, que los que pillan una de esas depresiones se descuidan físicamente, y también que pierden el apetito. Mira cómo estás tú, en los huesos.

Dejando sobre la mesa de la cocina la bandeja de canelones, la madre descubrió tres garrafas llenas de agua mineral y otras dos vacías.

—¿Con eso crees que puedes alimentarte? ¿Con agua y café? Venga, dúchate mientras los pongo a gratinar. No parece que te hagan mucha ilusión, ¡con lo que siempre te han gustado!

Mónica cumplía las órdenes maternas sin rechistar cuando Bart Simpson escribía cien veces en la pizarra la frase con la que daba comienzo el capítulo:

*“El presidente lo hizo” no es una excusa*

Un cuarto de hora después, con el albornoz y sentada a la mesa del comedor, Mónica contemplaba los canelones recién gratinados y recordaba cómo suplicaba a su madre que se los hiciera para ella cuando era pequeña. La despertó la voz de Homer, que se dirigía a su esposa con tono lastimero: “Margie, tú me tienes a mí, pero ¿a quién tengo yo?” Y la chica pensó que, a pesar de las intromisiones de su madre, le reconfortaba que se preocupara por ella.

—Tu amiga Inés pasó por la tienda el otro día. Me ha dicho que te presentó a un chico muy majo y que te invitó a salir —dijo la madre mientras se ponía de nuevo la levita de tono gris perla.

Mónica soltó el tenedor antes de llevarse a la boca el primer bocado.

—¡Sí! Una noche maravillosa. ¡Se me echó a llorar! Yo le comprendo, pobre hombre, le acaba de dejar la mujer. Pero, creo que, si aún está hecho polvo, lo mejor que puede hacer es quedarse en casa, ¿no?

—No te pongas así, ha sido un caso especial.

—Sí, pues anda que el cliente aquel de Navarra. Me dijo que le gustan las chicas de Barcelona porque las de aquí somos muy guapas, ¿te lo puedes creer? Toda su conversación se limitaba a preguntarme qué marcas de ropa y zapatos usaba. Si así es como espera encontrar a la mujer de su vida, lo lleva claro. Mira mamá, yo sé que no estoy bien, que últimamente se me va mucho la olla, pero te aseguro que, viendo el panorama, tengo una salud mental de acero.

—Me hablas de dos. Dos hombres. ¿Y qué pasa con los de la agencia? Eva me ha dicho que has tenido varias presentaciones.

—No me han gustado. No debí hacerte caso. En este estado no puede haber química con nadie. Además, me temo que ahora lo voy a tener más difícil.

—¿Por qué?

—Me ha llamado mi abogado. Dice que, si quiero recuperar lo que me pertenece, tengo que volver a la casa.

—¿Con ese monstruo? ¡Ni hablar!

—Mamá, he invertido ahí diez años de trabajo. No me he pasado ese tiempo vendiendo aparatos ortopédicos por toda España para que ahora se quede mi ex con todo. No es justo. Sabes cuánto costó levantar esa casa, es mucho dinero. Demasiado.

—Bueno, bueno, ya hablaremos, que mis amigas me esperan en el restaurante y llego tarde. Además, esta tarde me quedo en la tienda, pero mañana me tienes aquí otra vez para tratar este asunto. Porque si tú vuelves a esa casa, yo me voy contigo. Sola con él no te dejo.

—No digas tonterías, mamá, por favor. ¿Qué vas a hacer tú en Terrassa? ¿Ir y volver cada día para abrir la tienda? ¡Venga ya!

Mónica se despidió de su madre, quien le soltó tres sonoros besos en la mejilla derecha antes de marcharse.

La chica sabía que había cometido un grave error anunciándole sus propósitos. Iba a necesitar a Dios y ayuda para quitarle de la mente la descabellada idea de acompañarla hasta el que fue su hogar conyugal.

También David, que deambulaba entre los invitados, en los jardines donde tenía lugar el cóctel previo al banquete de boda, pensaba en su error: casarse con la mujer de quien hacía año y medio se había separado. Su ex no era un monstruo. Quizá, si lo hubiera sido, su vida habría tenido más emociones y no tendría la sensación de haberse pasado quince años anestesiado. De tales pensamientos la despertó su hija Marina, una criatura de doce años muy vivaracha:

—Papá, ¿cómo es que no está aquí la tía Julia?

Marina no sabía nada sobre ceremonias nupciales. Aquella era la primera boda a la que asistía.

—Se están haciendo fotos. Ellos llegarán después y entraremos todos en el restaurante.

—Ah, ¿pero aún tenemos que comer más? No creo que pueda —dijo la niña, llevándose la mano al estómago.

—Bueno, nadie te obliga. Picas un poco de cada plato y ya está.

—Oh, oh —avisó Marina con la vista ligeramente desviada hacia la derecha.

—¿Qué pasa?

—Ahí viene el pesado de tu amigo Pedro. Trae a una chica, seguro que te la quiere presentar para que ligués con ella. Yo me abro.

—No, no Marina, no.

Demasiado tarde. Pedro ya había colocado una mano en el hombro derecho de David, mientras agarraba con la otra el brazo de una mujer con un cabello más rojo que el vestido que llevaba.

—Hola, doctor —saludó Pedro con una amplia sonrisa— ¿No conoces a Cathy? Es prima de tu cuñado. Y acaba de cortar con su novio.

—Sí —afirmó Cathy, imitando la sonrisa de quien la presentaba—. Pero no soy de las que temen iniciar otra relación por miedo a que me vuelvan a hacer daño.

David no sabía si sentirse halagado o aterrado. Él no era uno de esos hombres con el eterno femenino tan desarrollado como para que la intuición le aclarara los grandes enigmas del otro sexo, pero sospechaba que aquello era un síntoma de acoso, y, por si acaso, miraba con torpe disimulo a su alrededor en busca de una posible vía de escape.

—No te preocupes por mi ex. No va a darte una paliza —comentó ella imaginando que era el posible ataque de un hombre celoso lo que inquietaba al hermano de la novia.

—Ah, pero ¿está aquí?

—Bueno —intervino Pedro—. Verás, es que cortaron ayer, y, claro, estaban invitados los dos.

David ya no tenía dudas. Aquello exigía una rápida estrategia evasiva. Pero su amigo Pedro, especialista en tejer redes con las que atrapar los peces más escurridizos, había urdido aquel plan con mucho primor.

—Le comentaba a Cathy que puede ocupar mi lugar en vuestra mesa. Como comprenderás, no le apetece nada en absoluto sentarse junto a su ex.

—Ah, a mí no me importa cambiar de sitio. No te preocupes, hombre, quédate tú en la mesa y ya me siento yo donde ella.

—No digas tonterías —insistió Pedro—. No vas a dejar a tus hijos sin tu compañía.

La capacidad inventiva de David se agotó ahí. Nunca había tenido mucha, la verdad, y, una vez más, pagaba esa carencia. Pero no iba a estar sólo ante aquel suplicio. Junto a él, y además de sus hijos Marina y Alex, ocupaban asientos en la misma mesa dos parejas, amigos suyos desde la adolescencia. César y Pilar no eran muy habladores, pero tampoco Kim e Isabel, habitualmente amenos conversadores, consiguieron frenar aquel torrente de palabrería que brotaba de la laringe de Cathy. Durante la degustación de los platos del banquete, el doctor David Gutiérrez echó de menos a los ancianos de su geriátrico.

—Lo mejor en estos casos es una buena purificación, ¿no crees? —explicaba la mujer de rojo—. Me he pasado la noche limpiando mi piso de malas vibraciones. No iba a dormir en un hogar cargado de fuerzas negativas. Eso es lo que sucede cuando pasas tanto tiempo ahí, encerrada, con la persona equivocada. Supongo que ya sabes a qué me refiero, aunque él se marchara, tenía que sanar mi hogar.

—En mi caso, fui yo el que se marchó —intentó cortarla David—. Tendrás que preguntarle a mi ex.

—Oh, pero son técnicas válidas para muchas situaciones. Quién sabe con lo que te puedes encontrar. Hasta en tu despacho puedes probarlo. Yo creo que el mejor elemento purificador es la sal, la natural. En cuanto Jorge se largó, me fui a la playa y volví a casa con una botella de agua del mar. La esparcí por todas partes. Claro que esto sólo ha sido un primer paso, una medida de urgencia.

—Había oído hablar de todo lo que es capaz de hacer una mujer cuando se separa —intervino Kim—, que pintan las paredes y cambian la decoración. Pero de esto no tenía ni idea.

—Es que no es suficiente con cambiar el decorado —continuó ella—, aunque te mudaras tienes que limpiar tus cosas personales de las malas vibraciones. No las vas a colocar en una nueva casa impregnadas de un pasado que te hace daño.

—No, no, claro —contestó Kim—. Hay que preservarse del mal que se esconde en los cajones.

Cathy explicó a su audiencia cuáles serían las próximas fases de la operación eliminación de las emanaciones energéticas residuales del ex: cristal terapia, uso de aceites y esencias florales, cambios de emplazamiento del mobiliario siguiendo los consejos de la técnica Feng Shui, o las ceremonias consagradas al fuego.

—El sonido también es un buen medio para despejar un lugar de energías estancadas.

—Imagino que te refieres a la música —dijo Isabel—. Recuerdo que una noche, después de un desengaño amoroso, puse un bolero detrás de otro, estuve llorando sin parar. Fue muy consolador.

—¿Ah, sí? —le dijo su marido sonriendo—. Eso no me lo habías contado.

—No sólo es música —aclaró Cathy—. Tu hogar, tu armario, tu sofá, tu cama tiene sonido propio.

—Sobre todo la de mi vecino —se atrevió a decir Pilar—, siempre sabemos cuándo tiene juerga nocturna.

—Por suerte para nosotros, no liga con mucha frecuencia —añadió César.

—Ese es un buen ejemplo de lo que quiero decir —continuó Cathy con su conferencia—. Imaginaos que vuestro vecino tiene uno de esos rollos de una noche, y resulta un auténtico desastre, que se levanta hecho polvo, con esa sensación de vacío, de haber perdido el tiempo, y que quiere borrar la presencia que ha dejado esa mujer en su casa. Un método rápido es golpear ollas y cacharros y esparcir ese sonido por toda la casa.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó Pilar asustada—, que se pusiera a golpear sartenes a las cinco de la mañana.

Por fin habló Alex, un chaval de 13 años a quien su padre había aficionado a la lectura de Mortadelo y Filemón:

—Papá, mira lo que tengo sobre mi cabeza.

David sabía lo que tenía que ver en el lugar señalado: el yunque que marcaba quince toneladas de peso, tantas veces dibujado por Ibáñez. El mismo que todos los presentes aguantaban sobre sus cráneos. Había llegado el momento de tomar una decisión. Se acabaron las visitas a las discotecas en compañía de su celestino. Fue una auténtica equivocación confesar a Pedro la añoranza que sentía por la vida en pareja.

Desde aquel día David se concentró en su trabajo en la clínica, aprendió a sacarle partido a su soledad, a disfrutar de ella, y los fines de semana que no tenía a sus hijos, paseaba junto al mar, tomaba un aperitivo o pedía una paella en uno de los restaurantes del puerto.

Hasta que una mañana de domingo encontró la forma de sustituir a su amigo Pedro en las labores de Cupido. Sucedió leyendo La Vanguardia. Después de echar un vistazo al diario y a los suplementos, le dio por cotillear entre los anuncios tipo maduritas adineradas pagan horas de amor, o rasuradita total, y se fijó en la sección AGENCIA MATRIMONIAL.

—Verá, yo lo que quiero, es que me presenten a mujeres teniendo en cuenta mis preferencias y mi manera de ser, y no a una que me hable de los duendes que ve en el jardín.

—¿Cómo dice?

—Son las experiencias que he tenido últimamente. Mis amigos lo harán con la mejor de las intenciones, pero es que no dan una. O llegan con una a quien sólo le interesa lo que tengo en mi cuenta corriente o con otra para quien merezco morir por haber nacido varón. Ya sabe, una de las que piensan que todos los hombres somos unos cerdos.

—No se preocupe —le contestó la chica que atendió su llamada—. Nosotros disponemos de una amplia base de datos y realizaremos una selección.

En el despacho tomaron nota de su situación, profesión, edad, aspecto físico, y, por supuesto, le preguntaron por sus gustos y predilecciones con respecto al otro sexo.

—No pretendo engañar a nadie —confesó el nuevo cliente—, por supuesto que me gustan las mujeres guapas y atractivas, de formas proporcionadas. A nadie le amarga un dulce, ¿no? Pero he conocido a algunas que quitan el hipo y que después, no sé, no entiendo nada. Quizá es que el mundo ha cambiado mucho mientras estuve casado y yo he perdido los planos para moverme en él. O puede que el lenguaje entre los sexos que ahora se practica sea demasiado complejo para mí. El caso es que no consigo entenderme con ellas, bueno, con vosotras, quiero decir, con las mujeres.

David se estaba haciendo un lío y optó por callar mientras miraban el listado de posibles candidatas.

—Vaya, son más de las que imaginaba —dijo él contemplando las fichas—. Esta chica, Mónica...

—Inténtalo si quieres —le dijo Eva—, pero hace mucho que no coge nadie el teléfono. Hemos estado llamando, y nada. No da señales de vida.

David cerró el paso a las palabras que se disponían a brotar de su boca y prefirió silenciar lo que sentía en aquellos momentos. Puede que le tomaran por loco. Pero algo le decía que esa era la mujer que le haría amar. Porque eso quería él, amar. Aunque fuera a costa de sufrir. No estaba allí para acabar con una soledad torturadora. Él se sentía bien viviendo a solas. Lo que quería, realmente, era alcanzar ese grado de locura del que hablan los románticos. Algo de lo que jamás había gozado. Sabía que eso podía

tener un precio muy alto. Pero ¿qué le importaba a él sufrir por amor? Había tenido un matrimonio sin avatares y el resultado había sido un pacífico, civilizado y aburrido divorcio.

Mónica ya ofrecía dificultades de entrada, ¡ni siquiera se dejaba localizar! Para él estaba muy claro: tenía que ser ella.

La verdad es que la chica ni se acordaba de la agencia. Ya había tenido suficientes quebraderos de cabeza al abandonar el piso de alquiler y volver a la casa, con su ex.

Las Navidades se habían echado encima. Él se había citado con dos mujeres, pero no se había sentido atraído por ninguna de ellas y dejó sus asuntos sentimentales aparcados para celebrar las fiestas con la familia. De todos modos, continuó marcando aquel número de teléfono con la esperanza de encontrarla. Pero nadie contestaba.

Fue Eva quien, después del día de Reyes, despejó la incógnita.

—Ya no vive en su piso —le dijo por teléfono—, y, además, ha cambiado de trabajo. Por suerte nos había dado la dirección de su madre para enviarle las fichas y me acaba de llamar la misma Mónica.

La chica se llevó las manos a la cabeza cuando su madre le dijo que había dejado colgada a la gente de la agencia:

—Tengo algunos sobres enviados por ellos, ¿no les has dado tu nuevo número?

Se sentía demasiado apurada como para no aceptar una nueva cita. Pero sólo una más, por pura cortesía, así se lo pidió a Eva.

Su móvil sonó cuando mostraba el material de ortopedia a un cliente de Castellón. Y, de forma atropellada, quedaron para cenar ese mismo lunes.

Llovía a mares.

David la esperaba dentro del coche, en la esquina de Provenza con el paseo de Gracia, junto a la Pedrera. En la acera de enfrente, de pie, bajo un paraguas blanco que le entorpecía la visión de la obra de Gaudí, Mónica se dio cuenta de que iba a subir al coche de un desconocido. ¿No tengo bastante con el paranoico que vive en mi casa?, pensó. Pero cruzó la calle y vio el rostro sereno del médico y una sonrisa amable que la tranquilizó.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir con eso de que vives con tu ex? —preguntó David intentando no parecer alterado.

—No tengo ninguna historia rara, ¿eh?, no te confundas. Es que aquello era de locos, y me marché sin más. El día aquel me agarró por el pelo y estuvo a punto de abrirme la cabeza con el atizador de la chimenea. Corrí al garaje, subí al coche y me largué con lo puesto. Fue la primera y última vez que me tocó. Pero de maltratos psicológicos me he tragado diez años.

—¿Y qué haces viviendo allí?



—Nuestras leyes son así. Lo que yo hice se considera abandono del hogar. Él no quiere darme la separación, y tengo que arreglar los papeles desde dentro de casa para venderla y pedir lo que es mío. Es una casa enorme. No será fácil encontrar comprador.

—¿Ya saben los señores lo que desean? —interrumpió el camarero.

—La ensalada de la casa, y otra botella de agua, por favor. ¿No tienen de las grandes, de esas de litro y medio?

—Sí, señora, le traigo una de esas. ¿Y de segundo?

—No, yo no quiero nada más. Si me disculpas —dijo dirigiéndose a su acompañante—, voy al lavabo.

Era la tercera vez. No paraba de beber agua, tenía las pupilas dilatadas y apenas comía, ¿iría de coca? En todo ello pensaba el médico, que ya la imaginaba esnifando rallas en los servicios del restaurante. Pero no, no podía ser, se decía luego, no tiene pinta de yonqui.

—Así que tienes un geriátrico —le preguntó ella al volver.

—Sí, pero me gustaría comprar otro fuera de la ciudad, junto al mar. Los abuelos ganarían mucho en calidad de vida, aunque tampoco quiero que esté demasiado lejos, para no complicar las visitas de la familia.

El camarero llegó con la ensalada de Mónica y una vichisoise para él.

—¿Por qué la geriatría? —preguntó ella—. Me parece la especialidad menos gratificante. Ellos se van de la clínica cuando mueren.

—Piensas como la mayoría de la gente. Nuestra sociedad no está preparada para asumir la vejez.

—Es verdad. Una vez leí que es el gran tabú de nuestros días: la muerte. Como antes lo fue el sexo.

David pensó que aquella no era una conversación muy propicia para el galanteo, e intentó cambiar su rumbo, pero ella se le adelantó.

—¿Por qué te dejó tu mujer?

—¿Quién ha dicho que me dejó ella? —preguntó él algo ofendido.

—Bueno, ¿por qué os separasteis?

—Creo que me fui apagando. A mí me gusta mucho estar en casa, pero también moverme. No me refiero a fiestas y saraos, sino a poner en marcha proyectos, a sentirme vivo. Ella no me acompañaba. Lo pasé muy mal durante la separación, sobre todo por mis hijos. Pero después me encontré muy bien, arreglando mi piso, aunque es muy modesto. Y allí, escuchando la música que me gusta y leyendo es como mejor estoy.

—Perdona —dijo ella temiendo parecer de la GESTAPO—, pero siempre que conozco a un separado me pregunto por qué no ha hecho feliz a su ex.

—Los hombres también lloramos —dijo él sonriendo.

—Ya. Es que tengo muchas pájaras mentales con todo esto. Creo que es mejor que conozcas la verdad, tal cual es. Estoy viviendo con un hombre a quien le he puesto una denuncia por agresión, en una casa con ocho habitaciones, y cada noche se empeña en meterse en mi cama. No me toca, eso te lo aseguro. Pero quiero que te quede claro cuál es el panorama. La comida no pasa de mi garganta, sólo puedo tomar líquidos, y tengo que medicarme para dormir. No creo estar en condiciones de tener una relación personal con nadie.

Mónica hablaba sin parar ante la actitud de escucha de aquel hombre atento.

Hacia las dos de la mañana regresaban al centro de la ciudad, en busca del coche de ella. Hablaron de los viajes que habían realizado, de lo cansada que estaba ella de recorrer el país como comercial de la empresa, de las aficiones que tenían y de las que les gustaría probar.

—Comencé un curso de bailes de salón a principios de verano —comentó él—. No estaba mal.

—Eso es algo que siempre he querido hacer —dijo ella sin pensar.

—¿Ah, sí? Si quieres, puedo buscar algún lugar donde aprender.

Ella consintió. Imaginaba que quedaría en el aire. Pero David la llamó al día siguiente. Ya había encontrado el lugar donde comenzar el curso. A ritmo de salsa y tango, el médico encontró el modo de verla cada semana sin agobiarla. La invitaba a cenar después de la clase y, un mes después, se atrevió a proponerle una salida al teatro.

—Nada profundo, por favor —rogó ella—. Ya tengo bastante con lo mío.

—No, no, tranquila. Es una comedia.

Aquella noche, David recibió la noticia que más esperaba. La casa de Mónica tenía comprador.

—Me iré a vivir a Castelldefels —le dijo ella—. Ya he visto un piso allí que me interesa. Está al lado del aeropuerto y, con lo que viajo, me evitaré los madrugones de antes.

David estaba dispuesto a hacer cuantos méritos fueran necesarios para complacerla: ayudó a colocar muebles y a colgar cuadros. Sólo estuvo a punto de estropearlo en el cumpleaños de ella, cuando apareció con un ramo de rosas y una joya.

—Yo no puedo aceptar esto. Ya sabes que no quiero una relación íntima. Me siento violenta.

—Vamos, no te lo tomes así. No son más que unos pendientes que me gustaron. No quiero que cumplas los 35 de un modo tan triste, que nadie te regale nada.

—¡Eh! Que tengo una madre que me quiere mucho.

David temblaba.

—No me malinterpretes. Tan sólo es un regalo de cumpleaños. Nada más.

Él esperaba que la separación definitiva la liberara de aquel malestar físico y mental. Pero ella necesitaba más tiempo y, a la salida de una de las clases se echó a llorar.

—Debería estar mejor, pero no sé qué me pasa. Me encuentro muy mal. Se imponía un nuevo plan estratégico.

—¿Por qué no hacemos una escapada este fin de semana? Podríamos ir al Montseny. Conozco un hotel rodeado de bosques. Creo que te conviene pasear y respirar aire puro.

Mónica cedió. Pero el sábado, cuando preparaba la bolsa de viaje, se preguntaba qué sucedería al llegar a la recepción. ¿Cuántas habitaciones habría reservado David?

Ella ya lo tenía decidido: ante una situación apurada, regresaría en taxi.

Pero al llegar, él dio su nombre y le entregaron dos llaves.

No podía continuar aquel juego. ¿Qué derecho tenía ella a mantener a aquel hombre al vaivén que marcaban sus temores y emociones? Dejó que pasaran unas semanas y, en marzo, el día en que su pretendiente cumplía 42 años, éste recibió la primera llamada de Mónica.

—Te espero en el hotel Arts, con tu regalo de cumpleaños.

David apenas pudo abrir la boca cuando se vio conducido de la mano de ella por el largo pasillo hasta la habitación.

Tres años después nos invitaron a pasar la tarde en su casa de Castelldefels, en la playa, donde nos explicaron esta historia. Mientras veíamos los intentos de echar a caminar del pequeño Víctor, nos hablaron de la residencia que habían comprado allí mismo, junto al mar, de cómo la habían rehabilitado. Mónica había dejado su trabajo de comercial para embarcarse en aquel proyecto, del que se sentía satisfecha y contenta.

—Hemos tenido que invertir mucho para que quedara a nuestro gusto, pero ha valido la pena. Ahora tengo que ir cada día para que los abuelos vean al niño, parece que sea el nieto de todos. Y esta casa siempre está a rebosar de gente: sus hijos con los amigos, mi madre... Por cierto, David, ha llamado tu hermana. Vendrá este sábado.

—Ya veis —concluyó David—, no me había equivocado. Era ella.